



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE CUARTO TOMO.

INSTRUCCION.

Artículos varios, por don A. Pirala.—Págs. 1, 9, 17, 25, 37, 45, 53, 61, 73, 81, 89, 97, 109, 117, 125, 133, 141, 149, 157, 165, 173, 181, 189, 197, 209, 217, 225, 233, 245, 253, 261, 269, 281, 289, 297, 305, 317, 325, 333, 341, 353, 361, 369, 377, 389, 397, 405, 413.

INSTRUCCION HISTÓRICA.

Las Seis Mujeres de Enrique VIII de Inglaterra, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Págs. 5, 12.
María Tudor, por id.—Págs. 38, 46, 99, 110, 118, 150, 159, 166, 174.
El Destierro del Cid, por don Antonio de Trueba.—248, 255, 263, 271, 278.
Juana Grey, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Págs. 306, 318, 327, 335, 343, 355, 370, 378, 398, 407, 415.
Rasgo de valor de la Reina Enriqueta, por F.—50.
Margarita de Anjou, por don Enrique del Castillo y Alba.—66.

ASUNTOS RELIGIOSOS.

María al pié de la Cruz, por don Antonio Arnao.—82.
Jesus, por don F. J. Simonet.—85.

POESÍAS.

Los Esclavos, por don Antonio Arnao.—Pag. 2.
Salutación al Año nuevo, por doña Faustina Saez.—5.
Dolores, por don R. Campoamor.—10.
Luisa, por don Santos Julio Nombela.—18.
Las Dos Estrellas, por don José María Larrea.—26.
Un Consejo y un Recuerdo, por doña Faustina Saez.—29.
El Golfo de Nápoles, por D. Antonio Arnao.—40.
La Verdad, el Error y Júpiter, por don Juan Dot.—47.
En la cuna de un Niño, por don E. de Olavarria.—50.

Eclos del Alma, por don Eduardo Moreno Morales.—54.
Madrigal, por don Federico Bello y Chacon.—62.
A una Coqueta, por don J. A. Viedma.—64.
Un Suspiro á mi Cielo, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—74.
Tiro, por don J. A. Viedma.—82.
Consumatum est, por don Pascual Fernandez Baeza.—85.
Plegaria á María, Reina de los Angeles y Madre del Amor Divino, por doña Vicenta García Miranda.—90.
Niñas y Flores, por don Antonio Arnao.—98.
Madrigal, por don M. M. Murguía.—110.
Llanto inútil, por don Antonio Arnao.—118.
A Granada (soneto), por don C. Navarro y Rodrigo.—119.
A un Gorrión, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—126.
Vida y Muerte, por don Antonio Arnao.—134.
El primer Desengaño, por don Flo Gullon.—142.
La Primavera (soneto), por doña Faustina Saez.—150.
Dos Libros, por doña Eduarda Moreno y Morales.—152.
Serenata, por don Ignacio Virto.—158.
Al Despertar, por don Antonio Arnao.—168.
A una Niña, por doña Juana de Olivares.—175.
Madrigal, por don Federico Bello y Chacon.—182.
La Velada de San Juan, por don J. A. Viedma.—190.
La Flor del Valle, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—198.
La Primavera, por don Manuel M. Flamant.—210.
¡Esperanzas! Por don Carlos Frontaura.—218.
A la malograda y distinguida poetisa la señorita doña María Verdejo y Duran, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—226.
El Estío, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—234.
Plegaria, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—246.
Indiferencia, por don Antonio Arnao.—254.
A María Santísima, con la advocacion de *Consolatrix Afflictorum*, por don F. Javier Simonet.—262.
La Flor Marchita, por don José María de Larrea.—270.
Amor de Poeta, por don Carlos Frontaura.—282.
A una Pastora, por don Carlos Rubio.—290.
El Amor de una Africana, por doña Eduarda Moreno Morales.—298.
En el Album de Aurora C., por don T. Guerrero.—306.
Reconvenciones, por V. Barrantes.—318.

INDICE.

El Canto del Cisne, por don Antonio Arnao.—326.
 El Otoño, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—334.
 A L. Por don Gaspar Nuñez de Arce.—342.
 Mucho y Nada, por don Cárlos Frontaura.—354.
 A Valencia desde el Miguelete, por don Juan A. Viedma.—362.
 El Adolescente, por don A. Arnao.—370.
 Romance, por don José María de Larrea.—378.
 ¡Ruega por Nosotros! Por don Antonio Arnao.—390.
 Guerra al Amor (soneto), por E. F. de M.—393.
 En el Album de la disguida poetisa doña Dolores Cabrera y Heredia, por don Gaspar Nuñez de Arce.—398.
 El Recien nacido (Villancico), por don Antonio Arnao.—406.
 La Virtud y el Vicio, por don Cárlos Frontaura.—414.

NOVELAS.

Contra Soberbia Humildad, por doña Rubustiana Armiño de Cuesta.—Pags. 3, 11, 19, 27, 41, 48, 55, 62, 75, 91, 127, 134, 143, 152, 161, 168, 175, 183, 191, 200, 211, 219, 227.
 El Hombre y la Mujer, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—56.
 Julia, por don Pablo Ortega Rey.—64, 76, 92, 100, 111, 119.
 Aglaé, por don Rafael Monares Insa.—77.
 La Desposada Imperial, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—129, 136, 145.
 Laura Strozzi ó la Sétima Hija, por don Emilio Tamarit.—146.
 Los dos Hermanos, por id.—163.
 Lucía, por don Rafael Monares Insa.—170, 177.
 Episodio Marítimo, por don Pablo Ortega Rey.—184, 192.
 La Corona de Violetas, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—213, 221, 228, 235, 247, 254.
 ¡Amor de Niña! por Zahara.—230, 236.
 Album de mis recuerdos, por Maria.—265, 275, 285, 291.
 Escursion Primavera, por don Antonio Arnao.—293, 299, 308, 320.
 La Bola de Nieve, por doña Elena Mora D' O.—301, 310.
 Lola, por Amadeo.—329, 337, 345, 356.
 El ramo de Margaritas, por id.—363, 372.
 ¡Un buen Diablo! por don E. de Tamarit.—365.
 Anécdota del tiempo de Luis XIV, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—380, 291, 401.
 Arria, por don Cárlos Frontaura.—382.
 El día de Noche-Buena, por Zahara.—409.

VARIEDADES.

La Vida del Año, por Gazél. Pag.—14.
 Vocabulario del Amor, por la Hija de las Flores.—20, 102, 122, 138.
 El Solteron, por don José Adame.—30.
 El Palacio del Dux en Venecia, por don E. del Castillo y Alba.—42.
 El Matrimonio, por Adame.—50.
 El Número Tres, por Gazél.—57.
 Suegras y Nueras, por don J. Adame.—67.
 La gran Cartuja.—87.
 La Semana Santa en Roma, por don Enrique del Castillo y Alba.—94.
 Dias, Aria de Vago, por Gazél.—113.
 Fiestas y Flores, por Gazél.—154.
 Exposicion de Bellas Artes, por id.—187.
 La Velada San Juan en Sevilla por Dulcamara.—194.
 Costumbres, por don J. Adame.—202.
 La Novia del Soldado, por don E. de T.—223.
 El Médico Ilustre, por don E. de T.—239.
 Recuerdos de Alcalá de Henares, por don Enrique del Castillo y Alba.—250, 258.
 Un Abanico Histórico, por Zahara.—275.
 Necrologia. La Exma. Sra. Duquesa viuda de Medinaceli y de Santisteban, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—287.
 El Mundo viejo y el Mundo nuevo, por Gazél.—303.
 Intrepidez de una joven, F.—322.
 La Gota de Agua, por Zahara.—347.
 Mujeres Célebres en Bellas Artes, por don E. del Castillo y Alba.—347, 358, 366, 374, 403.
 Las Pascuas, por Gazél.—410.

VIAJES.

Razas salvajes, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—215.
 De Madrid á Londres, por don A. Pirala.—257, 267, 286.

REVISTAS DE MADRID.

Por Gazél.—179.
 Por Lázaro.—393.



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Musica, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Los Esclavos (poesia) por don Antonio Arnao.—Las siete Virtudes capitales, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Salutacion al año nuevo. Despedida al que fina (poesia). por doña Faustina Saez.—Las seis mujeres de Enrique VIII de Inglaterra (continuacion).—Bellas Artes.—Modas.—Esplicacion del pliego de dibujos.—Advertencia.

INSTRUCCION.

No completariamos la série de nuestros artículos sobre *la educacion é instruccion* de la mujer, sin dar por terminada su carrera, cuyo fin está en el matrimonio. Si delicados son los asuntos de que hasta ahora nos hemos ocupado, lo es escesivamente mas el de que vamos á tratar; porque ademas de lo irremediables que son los errores que se cometan, afectan á toda la vida sus consecuencias, y pueden ser un manantial de desgracias y desastres.

Como nadie cual una madre desea la felicidad de su hija, para asegurarla, es su pensamiento constante el matrimonio. No hablaremos del ridículo deseo, aunque legítimo, en que incurrían algunas madres, convirtiendo en pasión el establecimiento de sus hijas, y en pasión que les domina y no saben disimular: preocupación que perjudica á la misma jóven, porque es imposible que deje de herirse su delicadeza por las pequeñas astucias empleadas para hacer resaltar sus dotes, y comprometer á todos los hombres casables. Esta conducta que no es de buen gusto, es ademas inoportuna é impolitica.

Ademas de lo sería que es la eleccion de un marido, es tanto mas grave que, aquella á

quien concierne, apenas puede decidirla por sí misma: es una responsabilidad espantosa para los padres, que no deben aceptarla sino en la conviccion íntima de obrar con la conciencia de la afeccion mas tierna.

Hay sin duda circunstancias, que quitan algunas veces, hasta cierto punto, la libertad de la eleccion; pero cuando la posicion permite esperar y no aceptar sino á quien reuna las mayores cualidades deseables, el afecto de un corazon noble y los delicados sentimientos del honor son la mas firme garantía de una dichosa union y felicidad mútua.

Si es preciso hacer desaparecer algunos sentimientos, no deben contrariarse, deben combatirse con pulso; y poniendo en relieve su inconveniencia, la razon hará lo demas.

Cuando se va á formar ese lazo que arrebató á una hija el apoyo de su madre, para someterla á una nueva autoridad, y dejarla en cierta manera, volar con sus propias alas, debe hablarse á su razon y á su corazon, y hacerla entrever algunas de las dificultades que la esperan. ¡Cuán pronto pasa esa luna de miel, y se necesita de razon, de paciencia, de valor y de resignacion quizá!

Tenga siempre un gran respeto de sí misma y de su propia dignidad, á la vez que un dulce y tierno afecto y una completa abnega-

ción. Que no considere al mundo como un centro de diversiones sembrado de bailes, de espectáculos y de infinitos placeres; al matrimonio, como una exención de ciertos deberes, como la señal de la libertad y un cielo sin nubes, y al marido, en fin, como un adorador constante á sus rodillas; sino que es necesario presentarla esta nueva posición bajo su verdadero punto de vista. Que comprenda que el mundo no da lo que recibe; que sus alabanzas no son mas que humo, que una enfermedad ó los reveses de la fortuna le alejan de uno, y que olvida con una facilidad sin igual á sus mas favorecidos. Que mire el matrimonio como el acto mas grave de la vida, el que impone mas imperiosos deberes, y con frecuencia los mas inmensos sacrificios, y que á la vez que debe atenderse á sí misma, necesita considerar la felicidad del esposo como la suya propia; porque en ambos se refleja la de cada cual, y de ambos es la suerte ó la desgracia de cada uno.

Es casi imposible que la jóven en quien estén encarnados tan nobles sentimientos, deje de disfrutar esa ventura tan envidiable, y reproducirla en su rededor, aumentándola así. Constitúyese en una verdadera providencia de la casa, de la familia, y la mujer ejerce entonces su magnífica misión.

A. Pirala.

LITERATURA.

LOS ESCLAVOS.

(A Pablo Ortiga Rey.)

Miradlos allí ! Miradlos
á la sombra que les presta
aquel plátano soberbio
que los aires señorea.

Por fin respiran felices
en las regiones amenas,
que desde el cielo sin nubes
el sol con sus rayos quema.

Él duerme, pero á su lado
está la fiel compañera,
que de ternura embriagada
su cansado sueño vela.

Cielo de noche sin luna
son sus facciones, y en ellas
brillan cual fuego sus ojos,
y sus dientes como perlas.

Felices ellos ! No há mucho
doblegaban su cabeza
bajo el peso ignominioso
de la bárbara cadena,

Mas ora libres respiran,
y en la soledad se encuentran:
por dosel tienen el cielo,
tienen por lecho la tierra.

El desierto es su morada !
La libertad su existencia !

Ella con ardiente beso
cariñosa le despierta,
y al abrir al sol sus ojos
él con delirio la estrecha.

ELLA. ¿ Por qué, vida de mi vida,
suspirabas con tal pena ?
No eres libre ? No descansas
en mi seno tu cabeza ?

ÉL. Ah ! Lloraba, hermana mia,
porque he soñado que llegan
esos tigres, á cargarnos
otra vez con su cadena.

—No te atormentes creyendo
que traidores nos acechan:
libres somos: pura dicha
lejos de ellos nos espera.

—Somos libres ? Pues crucemos
las soledades inmensas
hasta que hallemos morada
donde nuestro amor no tema.

Allí no podrán seguirnos
esas despiadadas fieras,
que con látigo de hierro
á esclavitud nos condenan.

¿ Por qué han de tener derecho
de verter la sangre nuestra ?—

Al confin del horizonte
nube de polvo se eleva:
sorde rumor de caballos
en el desierto resuena.

«Allí vienen!» ambos claman,
y el terror su sangre hiela.
Quieren huir, mas no pueden,
y se desploman á tierra.

Al fin se levantan. Ciegos,
por abrasadas arenas
huyen... Es en vano! Pronto
llegarán? Ya están mas cerca....

Suenan confusas las voces....
Ráudos los corceles vuelan....
Ya entre el polvo se distinguen....
Ya se adelantan.... Ya llegan!...

Pobres esclavos! Ay! Vedlos
postrados contra la tierra
con sus lágrimas regando
del amo feroz la huella.

«Señor, piedad!» A su grito
crudo el látigo contesta
dejando en su humilde rostro
honda ráfaga sangrienta....

Bárbaros hombres, ¿quién nunca
os dió su vida en herencia?

ANTONIO ARNAO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES,

por

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Soberbia Humildad.

I.

ARGANDENES.

«Venturosos zagalejos,
Que en estas umbrosas selvas
Pisais estos verdes campos,
En cuyos peñascos suenan
De los ecos repetidos
Los estruendos de la guerra.
¿No teméis cercano el riesgo
Cuando estais tan sin defensa?»

(Jerusalem conquistada.)

Nada mas risueño y encantador que el espléndido panorama que ofrecen las montañas de Astú-

rias al primer rayo del sol en un hermoso día de primavera. Si no habeis visto nunca lucir los primeros albores de la mañana en los elevados *picos de Europa*, ó en lo alto del puerto de Pajares; si no habeis contemplado á vuestros piés las nubes, y allá abajo, en un abismo de verdura las profundidades de *Val Grande*, y las fértiles campiñas que baña el pintoresco *Piloña*; en vano os esforzaris en adivinar la peregrina hermosura de aquella naturaleza magnífica, con sus pirámides de granito, cuyas elevadas cumbres se pierden en las nubes, con sus risueños valles cortados por los mil y mil arroyos y cristalinas fuentes que descenden jugueteando por la falda de las montañas.

En una hermosa mañana del mes de mayo de 1809, dos robustos chicos de aldea echaban á vuelo el esquilon de una humilde iglesita situada en la cumbre de una de las altas montañas que sirven de limite al Concejo de Piloña (1). La campana que tocaba á gloria, los ramos de flores adornados con fajas y cintas de todos colores, el alegre sonido de la dulzaina, y sobre todo la animacion que se notaba en los caserios del pueblecito situado en la vertiente de la montaña, indicaban bien á las claras, que á mas de celebrarse en aquel día la fiesta de la *Cruz de Mayo*, habia otra funcion mas alegre y animada todavía, y en la que el pueblo bebía á grandes tragos la embriagadora copa del entusiasmo nacional. En efecto, aquella funcion era un *Te Deum*, sencillo, como las costumbres patriarcales de la aldea, que se cantaba en accion de gracias, por las ventajas que una division española acababa de obtener contra las tropas francesas, que al mando del mariscal Ney habian penetrado en Astúrias á principios del mismo año, sembrando el terror y la desolacion entre los pacíficos habitantes de la montaña.

Los angostos senderos que conducian á la iglesia estaban cubiertos de gentes del pueblo, de todas edades y condiciones, de muchachos pobres, que olvidándose de sus harapos bailaban al són de la dulzaina, que soplaba con toda la fuerza de sus pulmones un viejecillo colorado y regordete; de jóvenes aldeanas ostentando en sus abigarrados trajes todos los matices del Arco iris, y de murmuradoras viejas, que envueltas en su larga mantilla negra, bajo la que se columbraba la blanca toca que entonces usaban las montañesas, caminaban lentamente, amenizando la fatigosa su-

(1) Nombre de un Concejo de Astúrias.

bida con sendos polvos de tabaco, y vetustas cuando apollilladas historias de sus antiguos amoríos.

Cuando mas animada estaba la concurrencia echando vivas á Covadonga y muertas á los franceses, cuando mas redoblaba el tamboril un licenciado del ejército con ribetes de maestro de escuela, apareció por detrás de un bosquecillo cercano á la iglesia, un personaje cuya presencia tuvo el mágico poder de reducir al silencio á aquella reunion poco antes tan alegre y bulliciosa. Cesaron súbitamente las danzas, el viejecillo suspendió sus resoplidos, el del tamboril sus redobles, y los muchachos, formándose en hilera, daban paso al recién llegado, invocando al Santísimo Sacramento del Altar.

Era el curapárroco de la aldea, joven, robusto, barbilampiño y agraciado, con hermosos ojos negros que revelaban al estudiante calavera y al que, á no haberle visto tan acatado por sus feligreses, nadie se hubiera atrevido á llamar cura de almas, pues su elegancia y maneras distinguidas, pertenecian mas bien á un cortesano que al ecónomo de la pobre feligresia de Argandenes (1).

Distribuyó el cura unas cuantas sonrisas entre los aldeanos, y entró en la iglesia encaminándose en seguida á la sacristia en compañía del sacristan, que en tanto que llegaba la hora de la funcion, entretuvo al joven párroco con fabulosas narraciones acerca de las escaramuzas de las tropas, en las que segun decia, dejaban siempre los franceses el campo lleno de cadáveres de su propio ejército.

Apenas desapareció el cura por la puerta de la iglesia, cuando el viejecito volvió á soplar su dulzaina y los muchachos á danzar de nuevo, aumentando la zambra y el bureo el repique del esquilon que llamaba á los fieles al *Te Deum*, y el bien templado tambor del licenciado.

Por el mismo camino que habia traído el cura, aparecieron entonces dos jóvenes aldeanas, que por su aseo, su elegancia y su singular belleza, se diferenciaban tanto de las otras, que no podemos renunciar el deseo de describirlas con alguna detencion, á fin de que podais formaros una idea de las dos mas hermosas flores que brotaron de las espesuras de Argandenes.

Eran éstas, Teresa, la hermana del cura, y que hacia las veces de ama, y su amiga Inés, hija única

de uno de los mas ricos labradores del Concejo. Jóvenes ambas, ricas y notablemente hermosas, aunque su belleza ofreciese dos tipos bien diversos, habian sabido sostener su amistad desde su infancia, á través de esas mil susceptibilidades que surgen á cada instante entre las jóvenes, en aquella edad fugitiva en que el amor es el único móvil, el regulador, el *yo* del corazon de la mujer, y aun me atrevo á decir, del corazon del hombre.

Teresa era de gallarda estatura, flexible como un lirio, con hermosos ojos árabes, simpáticos, pero ardientes, magníficos, pero soberbios. Su frente de un blanco suave y aterciopelado, se destacaba maravillosamente de entre sus cabellos castaños, cuyos ensortijados bucles se escapaban por debajo del pañuelo de muselina blanca con que cubria su arrogante cabeza.

Sobre su ganganta blanca y torneada, llevaba dos gruesas sargas de corales atados con cintas del Cristo de Candas y de Covadonga, que flotaban graciosamente sobre su espalda.

Por debajo de su basquiña negra de alepin de la reina, asomaban dos terciopelos negros que formaban el ruedo de otra basquiña de grana, corta y graciosa, que dejaba al descubierto su media blanca de algodón de nuditos, y su pié breve, como el de una bailarina andaluza, encerrado en un zapatito de piel, que en lugar de la forma tosca y holgada de los zapatos de *cordel*, era todo un zapato de Madrid.

Sobre su jubon de alepin, igual á la basquiña, llevaba el *dengue* (1) negro, adornado con varias fajas de terciopelo labrado, completando su escogido traje un anillo de oro liso, lujo desconocido en aquellas montañas, y que Teresa debia, como el resto de su elegante vestido, á la escensiva liberalidad de su hermano.

La belleza de Inés era el reverso de la medalla, una belleza dulce y suave como la imágen de la paz, de talla no muy alta pero esbelta, cutis blanco y casi trasparente, ojos azules, que reflejaban la candidez de los ángeles, y una nube de cabellos rubios, que formaban en derredor de su frente la aureola dorada del querubín; eran en fin, las dos jóvenes el tipo de la belleza veneciana y de la belleza inglesa. La primera con su lucha constante, con sus pasiones de fuego, con su orgullo meridional y su corazon simpático y expansivo, que encierra todo un

(1) Aunque Argandenes está situado á corta distancia del Infesto, Concejo de Piloña, en Astúrias; hemos tomado este nombre para ocultar el de la villa en que tuvo lugar lo que vamos á referir.

(1) Especie de manteleta corta con puntas largas que se anudan en la cintura.

tesoro de amor; la segunda, con su serenidad angélica, sus inspiraciones religiosas, su virtud imperturbable, y su amor templado siempre por las nieblas y los hielos del norte.

(Se continuará.)

SALUTACION AL AÑO NUEVO.

Despedida al que finca (1).

Adios, adios, viajero peregrino,
que con trémulo paso
te acercas al final de tu camino:
del tiempo el torbellino
te arrastró, y hoy ya tocas al ocaso.

Adios, adios, y vuela presuroso
á sumergir tu frente
en el profundo seno proceloso
del piélago espumoso
tras la elevada cumbre de Occidente.

Aléjate, que infausta tu memoria
queda en la mente impresa:
que de peste y de guerras es tu historia,
y es muy triste la gloria
que esconde sus trofeos en la huesa.

Huye, que se contrista el alma mia
al contemplar la huella
de tu curso sangriento. Cuanto ansia
que con el nuevo día
de otro año mas feliz luzca la estrella!

Oh! Que nos dejas ya. Vete en buen hora:
yo á despedirte acudo
y á recibir con la naciente aurora
al nuevo año que implora
el alma mia en su cordial saludo.

Héle aquí aparecer en el Oriente
radiante de hermosura.
Muy bien venido tierno adolescente,
si á la española gente
tu signo anuncia días de ventura.

Si bajo tu benéfica influencia
en progreso contino
de virtud y de ciencia
la humanidad, cumpliendo su destino,
hacia la eternidad sigue el camino.

FAUSTINA SAEZ.

Guadalajara 31 de Diciembre de 1835.

(1) Esta poesia, destinada á publicarse en el número anterior, llegó á nuestras manos á última hora: creemos que no está fuera de su lugar en el presente.

LAS SEIS MUJERES DE ENRIQUE VIII

DE INGLATERRA.

CATALINA PARR.

(Continuacion.)

—Seymour, le dijo Catalina con emocion, aun faltan ocho meses para nuestro enlace; en ocho meses pueden sobrevenir tantos acontecimientos, que estorben ó dilaten su realizacion! Espero de él mi felicidad, y temo y desconfio, sin saber de qué. Los dos somos libres, y sin embargo tengo como un presentimiento triste, cada vez que me dejo llevar de mis esperanzas para el porvenir.

—¿Desconfiais de mí por ventura, Catalina? Eso no puede ser! Decidlo, decidmelo por favor!

La jóven hizo con la cabeza una señal negativa, mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Catalina, oidme por Dios! repuso Seymour, si es verdad que me amais y teneis ese recelo; ¿por qué no accedeis á mi proposicion, consintiendo en un matrimonio secreto? En caso necesario podríamos revelarlo, y yo me hallaria autorizado para defenderos, contra todo y contra todos si preciso fuera. Consentís, Catalina?

La hermosa viuda le tendió su mano, permaneciendo los dos mudos, inmóviles, como agobiados bajo un mismo pensamiento de felicidad y de amor.

De pronto se oyó á lo lejos el toque de una corneta de eaza, luego el galope cada vez mas próximo de muchos caballos, y por último la confusion y las voces de una numerosa comitiva.

—Qué es esto? dijo Catalina sorprendida.

Seymour se acercó á la ventana.

—Ah! es el Rey! exclamó palideciendo.

Y los dos se miraron con una espresion de terror indecible.

Todos en el castillo se pusieron en conmocion. Las jóvenes damas de honor corrieron al lado de su señora: doce pajes con lujosas libreas se colocaron á ambos costados de la puerta, doblando una rodilla, y el senescal con su varita blanca en la mano precedió algunos pasos al Rey.

Enrique se presentó con galanteria.

Catalina dobló la rodilla, y apoyó, como era costumbre entonces, su frente sobre la mano real que la tendia.

El Rey la levantó cortesmente.

Entonces reparó en Seymour.

—Venimos, noble dama, á pedirlos como cazadores algunos refrescos: tenemos sed y calor. Dispensadnos nuestra indiscrecion por presentarnos en el castillo de una jóven viuda, pero nuestro cuñado Seymour nos parece igualmente culpable, y así no hablemos mas de esto. Mirad, Seymour, añadió volviéndose hácia él, vos debeis estar menos cansado que nosotros y podeis partir en el acto para Lóndres, y prevenir al arzobispo Crammer y al obispo de Winchester, que tenemos que consultarles sobre un asunto de grave interés.

Seymour se inclinó respetuosamente y salió.

S. M. despidió con una seña á su comitiva, luego á la de Catalina. Los dos quedaron solos.

—Temo, señora, haber llegado en un momento inoportuno, dijo el Rey: es preciso escusar mi ningún conocimiento de vuestras costumbres, y el deseo ardiente que teníamos de manifestaros nuestra alta estimacion.

Lady Latimer confusa y trémula bajó la cabeza.

—Levantad vuestros hermosos ojos, señora, y miradnos de frente. ¿Lord Seymour estaba aquí como dueño del castillo?

—Señor, respondió la jóven con dignidad, la viuda de Lord Latimer no está obligada á sufrir un interrogatorio, y V. M. es demasiado caballero para ofender á una dama, á la que nadie acusa.

El Rey se sonrió con satisfaccion.

—Esa respuesta me basta, noble lady, y en prueba del respeto que nos inspira vuestra virtud, os pedimos vuestra mano, y os ofrecemos nuestro trono.

Catalina se habia reanimado poco á poco. Conociendo que su timidez habia alentado al Rey, le miró resueltamente, diciéndole:

—El honor que V. M. me dispensa es muy grande, pero creo que hay menos riesgo en ser vuestra querida, que vuestra esposa.

—Sereis uno y otro, costestó el Rey con galantería.

Semejante sarcasmo hubiera podido costar muy caro á la mas querida de sus esposas. En boca de una dama tan virtuosa como Lady Latimer, no hizo sino prenderlo completamente.

Cuando el Rey partió, Catalina fuera de sí, se retiró á su oratorio y prorumpió en sollozos.

Pidió despues papel y escribió á Seymour:

«Mis presentimientos se han cumplido: el Rey acaba de pedir mi mano: yo no puedo resignarme á ese sacrificio sin hacer algun esfuerzo para evitarlo. Os he dado mi palabra, por guardárosela arrostraré, si es preciso, la cólera del Rey. Decidme,

Seymour, qué debo hacer; buscad un medio de salvar nuestro amor. Me someto desde ahora á lo que decidais.»

Seymour recibió en Lóndres la carta de Catalina, pero en el camino habia ya tomado su resolucion. Egoista y ambicioso, conoció que con un rival como Enrique que disponia tan ligeramente de las cabezas de sus esposas, de sus favoritos y de sus parientes, no era prudente la lucha.

—«Señora, contestó á Catalina, cuando formé el proyecto de obtener vuestra mano, me hallaba muy distante de comprender el alto honor que S. M. os reservaba. No cumpliria mis deberes respecto á mi augusto soberano, ni os apreciaria á vos, si tratase de poner el menor obstáculo al cumplimiento de su real voluntad. En compensacion á mi sacrificio, sabré con la mayor alegria la realizacion de vuestro matrimonio, que ha de asegurar la felicidad del mejor de los reyes. Yo parto para el continente.»

Aquella carta fué entregada á Catalina en presencia del Rey.

Enrique se la pidió. Presentóse la Catalina, la leyó, y quedó completamente satisfecho.

Lady Latimer libre ya (bien á pesar suyo) se resignó á la suerte que no podia evitar.

Los preparativos para el régio enlace se hicieron con la mayor rapidez.

Crammer dió una dispensa, por la cual autorizaba, bien ó mal, el casamiento de una dama á los tres meses de haber enviudado, y permitia que la ceremonia se celebrase en cualquiera iglesia, capilla ú oratorio, sin necesidad de amonestaciones, eximiendo en fin á los régios cónyugues de todas las formalidades prescritas, en consideracion á razones concernientes al honor y la prosperidad del reino.

Dos dias despues Catalina Parr cambiaba sus vestidos de luto por los trajes nupciales de una reina de Inglaterra.

La ceremonia se verificó en Hamptoncourt, residencia favorita de Enrique. Gardiner, obispo de Winchester, dió la bendicion á los dos esposos.

Es posible que los lábios de Catalina palidieceran al pronunciar el sagrado *sí* que remachaba para siempre su cadena, y cuando fué colocado en su dedo el anillo nupcial por la misma mano que en el intervalo de pocos años habia firmado la sentencia de muerte de sus dos esposas.

La situacion de la nueva reina, preciso es convenir en ello, se parecia mucho á la de la sultana Cherayada, de las *Mil y Una noches*.

El Rey queriendo darla una prueba de su consideracion, permitió á sus dos hijas y á su sobrina Margarita Douglás que asistiesen á su casamiento.

Catalina se encontró por tercera vez casada con un anciano mas brusco y exigente que los dos primeros. Como no tenia hijos, la reina resolvió rodearse de afecciones de familia.

La educacion de la princesa María estaba ya terminada, pero Isabel y Eduardo tenian aun necesidad de sus cuidados maternos.

Catalina poseia vastos conocimientos; hablaba correctamente varios idiomas, y se ocupó asiduamente de la educacion de las hijas del Rey. Apercibiéndose de que entre ellas existia cierta antipatia (por causa sin duda de lo que concernia á sus madres respectivas), la reina procuró disiparla por la persuasion y la dulzura, y logró captarse su cariño.

La reina Catalina llevó su corona con una magestad que entre sus antecesoras solo se habia observado en Catalina de Aragon. Siempre que la etiqueta lo exijia, se presentaba vestida con tanto gusto como suntuosidad: sus trajes por su elegancia se parecian mucho á los de Ana Bolena. Por las tardes, retirada en su cámara, se despojaba de sus magníficos vestidos, se ponía uno sencillo, é iba á arrodillarse delante de su marido para curar su pierna. Despues de haberse hecho enseñar por su médico de cámara, no quiso ya que nadie la ayudase, y desempeñaba su obligacion de enfermera, sola, y con la mas tierna solicitud.

El estado del Rey se agravó: su carácter se agrió aun mas, convirtiéndose en feroz. Despertóse en él la afición á las cuestiones teológicas. Satisfecho por tener en Catalina una adversaria digna de él, suscitaba un asunto de controversia, y para hacer brillar su elocuencia, trataba á la vez del caso y de la refutacion. La reina se veia no poco comprometida. El Rey no queria ser vencido, y se enojaba si le daba la razon cuando ella pensaba que no la tenia.

Todos los dias firmaba indistintamente sentencias de muerte contra papistas ó protestantes. Una simple sospecha era bastante para enviarlos á la hoguera.

(Se concluirá.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.



BELLAS ARTES.

El día 31 del pasado tuvimos el gusto de asistir á la Junta general, que en el local de sus sesiones, calle de Alcalá, núm. 44, celebró la Sociedad Protectora de las Bellas Artes. Despues de darse cuenta en ella de varios asuntos de interés, se procedió al sorteo mensual que establece el artículo 11 de sus Constituciones, cuyo premio consistia en un pensamiento ó capricho pintado al óleo por don Manuel Rodriguez y Guzman, saliendo agraciado el núm. 38, correspondiente al sócio don Antonio García y García.

El premio destinado al sorteo del presente mes, consiste en una copia en pequeño, del cuadro de las Hilanderas, de Velazquez, pintado al óleo por don Domingo Valdivielso.

Aconsejamos á los aficionados á las Bellas Artes, visiten la esposicion de cuadros que en el referido local tiene la sociedad, ejecutados por individuos de su seno, y entre los cuales hay algunos de venta, como lo indica su tarjeta.

Cuando esta sociedad pueda proporcionarse un local mas vasto y con las condiciones que necesita para su desarrollo, no dudamos atraerá á sí á todos los artistas de España, mereciendo al mismo tiempo las simpatias de los amantes de las Artes.

El sábado último recibió su presidente, don Antonio María Esquivel, una invitacion del señor Embajador de Inglaterra, pidiéndole una entrevista para conocer el objeto y fines de la asociacion. Contestóle el señor Esquivel que S. E. podia indicar hora en que no se incomodase para recibirlo, y señalada, pasó á la casa de la Embajada, donde fué recibido con la atencion y finura que distinguen á lord Howen. Despues de felicitar al señor Esquivel por el pensamiento de esta institucion, le manifestó su deseo de ser útil á la sociedad, y que agradecería le indicase si seria el medio mas oportuno comprar algun cuadro de la esposicion.

El señor Esquivel, con un desprendimiento que le honra, pues entre aquellos hay algunos suyos, le contestó que seria mas conveniente dispensase su proteccion á la sociedad en general. Entonces el noble lord le significó que desearia ser inscrito como sócio, satisfaciendo de presente algunas anualidades de la cuota de suscripcion, á cuyo efecto le entregó un pliego cerrado. Abierto

poco despues en la Direccion por el señor Esquivel, encontró que contenia diez mil reales en billetes.

No es este el primer acto de generosidad y proteccion que ha dado á las artes españolas el honorable lord.

MODAS.

Adios año 1855, año destronado por la segur inexorable del tiempo: con cada una de las horas de tu efimera vida, deshojadas una á una, como los pétalos de la flor á impulso del viento, ha desaparecido una de nuestras ilusiones ó de nuestras esperanzas; pero no importa, la Moda no tiene por qué maldecir tu memoria.

Si bien, algo escéntrico, has recargado nuestra toilette con profusion de cintas y flores, en cambio enriqueciéndola con guipures, blondas y encajes, le has dado una suntuosidad de buen tono: si has exajerado el vuelo y hueco de nuestros vestidos, tambien la amplitud de las formas añade magestad á un buen talle y se presta á maneras distinguidas.

Es cierto que en tus últimos dias has tenido la estravagancia de querer desgraciar la flexibilidad de nuestro talle, cubriéndole con un paletó, con sus vueltas, solapas y botones, ni mas ni menos que el de un hombre, pero el buen gusto de nuestras modistas ha hecho disimulable esta idea ridicula de tu vejez, reduciendo las formas y acomodándolas á nuestro sexo, enriquecidas con anchos volantes de blonda.

Quizá tu sucesor sea mas escéntrico, quizá no sean las modas que nos presente tan favorables al realce de la belleza: ¿pero qué quieres? Yo le saludo con júbilo porque nace, y tú has terminado tu carrera, porque trae en fin la ventaja de lo desconocido: la curiosidad ha sido siempre patrimonio de las hijas de Eva.

Bien venido, pues, año 1856; la Moda te abre con júbilo sus puertas, y te recibe preparada con el magnífico surtido que en telas y adornos ofrecen los almacenes de la corte, y que ha de lucir en el trascurso de tus dias. Pero cuenta que te insinues como compete á un año bien educado. No vengas pues con las manos vacías: anúnciate con los regalos de costumbre en los principios de tu

reinado: trae á la niña el gracioso trajecito, cuyos lindos modelos presenta el almacen de *Cachena*: á la jóven uno de los infinitos artículos de tanta riqueza como buen gusto, que encierra en sus anaqueles el llamado *Mónstruo*: á la dama de tono, un rico objeto de bisutería ó mueble maqueado, de los muchos que tiene á la vista la *Exposición Etranjera*, á la elegante y á la coqueta, la rica manteleta, ó el suntuoso traje, que tan bien confecciona Mma. Honorina.

Y cómo no recibirte con palmas, cuando á tu venida las señoras mas distinguidas de la corte abren sus salones, cuando la escogida sociedad del *Casino* prepara los suyos, aquellas para saraos, éste para bailes, donde la juventud y la belleza ostentarán sus gracias y buen gusto.

En el número inmediato nos ocuparemos de los trajes á propósito para estas reuniones.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del pliego de dibujos.

- Núm. 1. *Cuello recto cerrado*: bordado á feston é imitacion de guipure.
- Núm. 2. *Guarnicion* para enagua, bordada á la inglesa y feston.
- Núm. 3. *Guarnicion*: bordada á realce: los ojetes pueden hacerse á la inglesa.
- Núm. 4 y 5. *Tiras*: bordado al pasado.
- Núm. 6. *Escudo*: bordado al pasado y punto de armas.
- Núm. 7 y 8. *Esquinas* de pañuelo, bordadas á realce.
- Núm. 9, 10 y 11. *Letras*: al pasado.

ADVERTENCIA

La variacion que desde este número damos á la forma material de nuestro periódico, quitándole los filetes que le adornaban, no ha sido tanto por acomodarnos á la moda tipográfica de las publicaciones francesas de este género, como por poder dar en el mismo número de páginas, y tamaño de papel, un aumento de lectura. Esperamos que nuestras suscriptoras nos agradecerán esta mejora que cede en su beneficio, y que con la mejor clase de papel aumenta nuestros gastos.